

# Adrogué, sin Borges

Alberto Paredes

*A Rocío y a Alfonso*

*Para muchos lectores, la ciudad de Buenos Aires es incomprendible sin la estela de Jorge Luis Borges. El autor nacido en 1899, considerado por muchos la más grande figura de las letras hispánicas del siglo xx, dio un lugar en sus páginas a la mitología familiar y social de la capital argentina, como lo revela Alberto Paredes en la siguiente crónica teñida por los dominios de la autobiografía.*

He venido en un año absurdamente tardío, Borges. Imagino que usted de inmediato improvisará sobre la futilidad de los anacronismos. Hemos estado hablando del nicaragüense Darío; yo no me abstuve de pensar, mientras mi voz vibraba en el micrófono del Teatro Margarita Xirgu, a unas cuantas cuerdas de su Biblioteca, que el desencuentro que reviví entre el poeta y Groussac, su mentor, “fue en realidad un encuentro del destino que, en nuestra miopía, no alcanzamos a ver” —sentía yo su voz, distrayéndome.

Los amigos, uno a uno, han tomado sus multiplicados aviones, así que yo, en este domingo postrero, me vine a Constitución para coger la Línea Roca. Mis pies despertaron la memoria de sus pasos infantiles, Jorge Luis, conforme ganaba el empedrado de la Diagonal Brown rumbo a la glorieta.

Su casa, cerrada, el extravagante león que ostenta su argolla, abolido, la bicicleta de sus primeros juegos, más etérea que el viento suave de este inicio de otoño. En el impoluto encalado de la fachada, como cifra de un in-

somnio sigiloso, agrandados sin pudor, los temblorosos caracteres de su rúbrica.

Recordé: mis yemas han recorrido la tinta que congela su firma, pues algunos amigos me han provocado con su ejemplar dedicado. La casa es hoy museo; a pesar de ese afán, las huellas de su infancia se han disuelto. Es baladí. Venirse a Adrogué mantiene el hábito de una tregua con los ruidos porteños, una delicia a un salto de tren.

Una voz sosegada atraviesa la multitud de los años proclamando que cuando el Tiempo ha cobrado sus presas y preseas, repitiendo la batalla que arrodilla a Troya, a Adrogué, justamente esa derrota vuelve más eterno que el mármol el instante en que Héctor eleva a Astianax, sosteniéndolo en brazos para el beso final, así como el momento tan ordinario en que usted abordaba el tren del sur en Constitución para distraer sus zozobras en la quinta, donde los abuelos no cesan de mimarlo.

“Georgie, vení acá al zaguán, te he preparado una limonada; dejá un poco el libro, que te fatiga la vista”. **u**